



## ECUADOR SIN JORGE ENRIQUE ADOUM

Alfonso Gumucio Dagron

**Cuando** un poeta muere se pierde una parte importante del espíritu colectivo. Los poetas son vigilantes éticos de la sociedad en la que viven; su mirada es un espejo en el que se mira la sociedad, para verse con sus virtudes y sus defectos, para recordar cómo ha sido antes, y soñar cómo quisiera ser.

Ecuador perdió ese espejo y esa mirada en la madrugada del viernes 3 de julio, con la desaparición de su escritor más importante, Jorge Enrique Adoum, quien cuatro días antes acababa de cumplir 83 años. Siguiendo su voluntad, sus cenizas fueron enterradas en las alturas de Quito, en “el vientre oscuro y fresco de una vasija de barro” junto a las de Oswaldo Guayasamín, bajo el frondoso “árbol de la vida”, un pino en el jardín del pintor en el barrio Bellavista, a pocos metros de la Capilla del Hombre.

A Eduardo Galeano, un amigo muy próximo de Adoum, a quien le pedí dos líneas, me las envió así: “*El Turquito era un placer y un peligro: Un narrador de lengua afilada, temible enemigo, amigo cariñoso, bebedor que sabía beber, amador que sabía encontrarnos. Te extrañamos.*”

En el entierro se hizo presente Rafael Correa, Presidente de Ecuador, para rendir su homenaje: “*Hoy no hemos venido a enterrar a Jorge Enrique sino a consagrarlo (...) el cielo de los poetas recibe a un ilustre caballero ambateño, ecuatoriano y universal que tantos lustros atrás había escrito, ‘preguntan de dónde soy y no sé qué responder, de tanto no tener nada no tengo de dónde ser’.*”

Poeta, narrador y ensayista, Adoum deja una obra frondosa que ha sido recogida en sus *Obras (in)completas* publicadas en una bella edición por la Casa de la Cultura Ecuatoriana. En el título, “incompletas” es el término adecuado, pues hasta pocos días atrás Adoum seguía produciendo, se encontraba escribiendo un largo poema para la celebración del Bicentenario del grito libertario en Quito. Mantuvo su

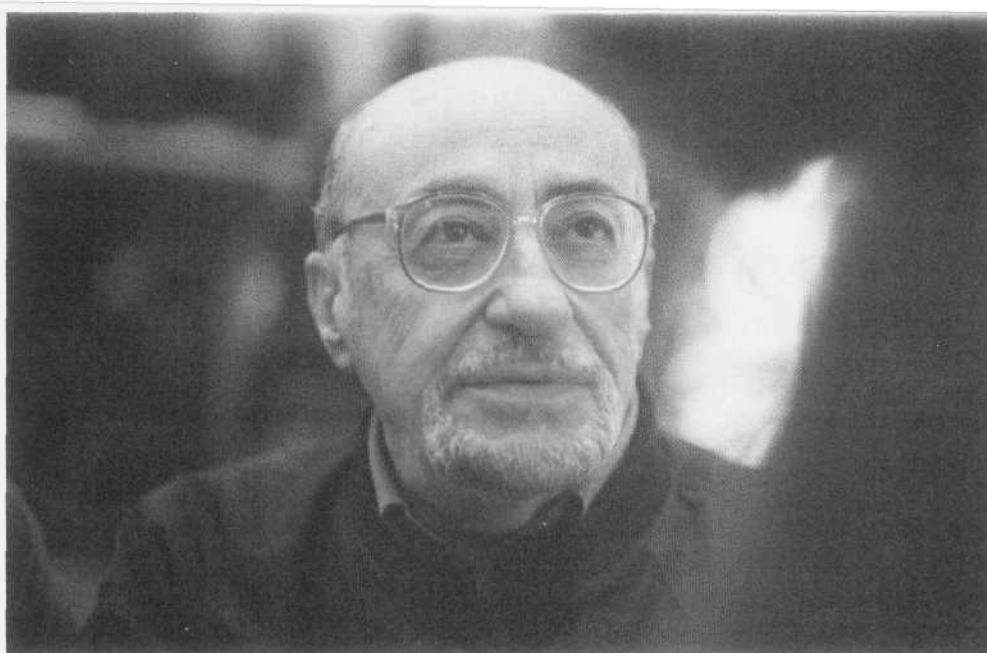
lucidez hasta casi el final cuando en el hospital, conversando con su hija Alejandra y con su esposa Nicole sobre la obra que todavía tenía por delante, en un momento dado les preguntó: “¿Es el fin?”.

Nacido en Ambato en 1926, Jorge Enrique Adoum —o Jorgenrique, como le gustaba firmar en los últimos años— desplegó su poética en obras como *Ecuador Amargo*, *Carta para Alejandra*, *Los Cuadernos de la Tierra* (cuatro libros), *Informe Personal sobre la Situación*, *Postales del trópico con mujeres*, y *Paris-Mayo 1968*, entre varios otros, la mayoría de los cuales fueron recogidos en los dos tomos *Poesía hasta hoy*, en edición de lujo de Archipiélago.

“*Jorge Enrique Adoum supo dar imágenes resplandecientes del amor, en prosa y en verso. Nadie lo podrá sustituir*”, me escribió Juan Gelman cuando le pedí que dijera lo que recordaría de Adoum.

Thiago de Mello, desde su casa en medio de la selva amazónica, a 400 kilómetros de Manaus, respondió a mi pedido con este párrafo:

“*Que no se diga, por delicadeza, que la muerte de Jorge Enrique Adoum es una gran pérdida para las letras de Nuestra América. No. Tanta es la importancia y el valor de la obra de Adoum, en prosa como en verso, que seguirá dando luz y belleza, cada día más, a la creación literaria latinoamericana y enriqueciendo la vida de lectores de generaciones venideras. Basta que yo recuerde El Amor Desenterrado, largo poema que honra la literatura de cualquier país del mundo. Pero la partida de este insigne hijo del Ecuador, ha sido, eso sí, una pérdida para nosotros sus hermanos, que ganamos la dádiva de frecuentar la intimidad de su sabiduría, su indignación moral y el sortilegio de la ternura de su corazón. Jorge Enrique creía que la*



*amistad es la más bella forma de amor. Aprendí que esa virtud humana, cuando alcanza el poder silencioso de las estrellas, prescinde del convivio, elude el tiempo. Ahora que mi amigo partió, y la distancia entre los dos es infinita, Jorginho es un diamante sereno en mi memoria."*

Entre sus novelas, quizás la más difundida es *Entre Marx y una mujer desnuda* (1976), Premio Xavier Villaurrutia. Sobre ella hizo un largometraje el cineasta Camilo Luzuriaga. Volvió a la narrativa muchos años más tarde, cuando publicó *Ciudad sin ángel* (1995) y los relatos de *Los amores fugaces* (1997). Su obra de teatro, *El sol bajo las patas de los caballos* (1970) se representó en escenarios de Europa y América Latina. Publicó un monumental ensayo sobre el pintor Oswaldo Guayasamín, con quien mantuvo una estrecha amistad, y la obra autobiográfica *De cerca y de memoria* (2003) con una mirada retrospectiva sobre su vida como escritor, enfatizando las relaciones que mantuvo con otros intelectuales y artistas. En la introducción afirma que su libro podía también haberse llamado "Retrato de Neruda con grupo", si lo que buscaba hubiera sido el éxito comercial.

En Chile estudió filosofía y —muy joven— tuvo el privilegio de ser secretario privado de Pablo Neruda, con quien luego mantuvo amistad durante muchos años, al igual que con todos los escritores más importantes del "boom" de la literatura latinoamericana. A ellos y muchos otros los frecuentó en París, donde pasó largos años de exilio y donde trabajó en la UNESCO hasta 1987. El "Turco", como le decían cariñosamente los amigos cercanos y la familia, regresó a su país para continuar una labor de escritor y conciencia nacional que mereció el respeto y la admiración de sus conciudadanos. En *Ecuador: Señas particulares* (1998) indagó sobre la identidad individual y colectiva de los ecuatorianos.

Ávido lector hasta el final de sus días, fue también traductor al castellano de algunos de sus autores predilectos, como Fernando Pessoa, T.S. Eliot o Jacques Prévert. Se manejaba con fluidez en francés, inglés, italiano y portugués.

Tenía una manera suave de estar con los demás, pero cuando abría la boca sus comentarios destilaban un humor ácido y una inteligencia envidiable. Siempre con un cigarro en la mano y un vaso de vodka, deleitaba a todos con una presencia discreta y no por ello menos prominente. Yo lo conocí en París, en los años 1970s, y lo vi por última vez en Quito, a fines de enero. A través de mi amistad con Alejandra, su hija, compartí el proceso final de su vida, casi día a día.

Recordaremos a Jorge Enrique Adoum por la magnífica obra que deja, y por la huella profunda con que marcó a sus amigos, pero también lo recordaremos por esos versos que compuso en una noche de bohemia junto a Jorge Carrera Andrade, Jaime Valencia, Hugo Alemán y los creadores de la melodía, Gonzalo Benítez Gómez y Luis "Potolo" Valencia.

*Yo quiero que a mí me entierren  
como a mis antepasados  
en el vientre oscuro y fresco  
de una vasija de barro.*

*Cuando la vida se pierda  
tras una cortina de años  
vivirán a flor de tiempo  
amores y desengaños* ☞

**Alfonso Gumucio Dagron.** Boliviano, es escritor, periodista, cineasta, fotógrafo y especialista en comunicación para el desarrollo. Tiene veinte libros publicados (poesía, cuento, testimonio, y ensayo), y ha dirigido una docena de películas documentales. Su trabajo en comunicación lo ha llevado por América Latina y el Caribe, África, Asia y el Pacífico Sur.